

PASTORA IMPERIO

Bailar, lo que se dise bailar,
ha de ser de sintura para arriba.

PASTORA IMPERIO

Si no recuerdo mal, hacia 1933 reaparecía en un teatro de Madrid, casi vieja y muy gorda. Sobre las cortinas del fondo habían pintado la Giralda y unos claveles -óleo sobre seda- de un mal gusto, de una falsedad y un *panderetismo* conmovedores; Pastora salió a escena con su famoso brazo en alto y en esa postura erguida, desafiante, típica del flamenco y que no constituye propiamente *paso de baile* alguno; no es, todavía, baile, sino acaso lugar, el lugar, la creación del lugar en donde el baile va a suceder. Ese momento, en ella, era de una arrogancia milagrosa, única, ya que no tenía -como el de Carmen Amaya y otras “bailaoras” y “bailaores”- ningún satanismo; no era una arrogancia insolente, sino alegre, dichosa. Me di cuenta en seguida de que estaba delante de algo irreplicable; comprendí que en Pastora no se trataba de bailar muy bien, extraordinariamente -antes, quizá, ya se había bailado como ella y quizá incluso mejor que ella-, comprendí que no se trataba de hacer, sino, de ser. Pastora es irreplicable, no en la medida que es irreplicable algo, sino *alguien*. Eso que ella bailó, aunque se bailara igualmente bien, sin Pastora no sería más que baile, porque cuando algo ha sido habitado así, después se vacía, se vacía sin remedio.

Esa noche de su reaparición, al marcharse de escena después de marcarse unas “bulerías”, sentí como si de pronto me quedara solo, abandonado, despojado; en su postura clásica, taconeando muy leve, se iba por entre bastidores y yo, calculando los pasos que faltaban para desaparecer, sufría la emoción de esa hermosura casi dolorosa, tensa, atirantada, que sólo puede darnos lo que sucede en el tiempo, es decir, lo que sucede en el tiempo y que sin embargo, no pertenece a él: la música, el baile, los toros. Los entendidos le criticaban a Pastora sus impurezas, porque se había entregado, en efecto, a cierto *cupletismo*, es decir, había hecho concesiones a un gusto un tanto plebeyo, había pisoteado su origen puro, popular y, en cambio, no había compuesto -como hiciera Antonia Mercé, *La Lista*- un danzarinismo estilizado.

No se comprendió que Pastora no podía sentir ningún respeto por su propia autenticidad, por su pureza, puesto que las rebasaba, las sobrepasaba; ni podía, claro, estilizarse, disfrazarse. Pastora no era la fidelidad -como *La Macarrona*-, ni la estilización -como la *Mercé*- porque ella era el espíritu, el Espíritu Grande, y el espíritu grande no acepta prisiones, está libre, a salvo de todos los compromisos morales y estéticos. Pastora no necesitaba *comportarse* pura, para serlo; porque no era fuera, sino dentro y en el centro de su persona, donde esta su invulnerabilidad, ya que su pureza no era, como en tantos otros, un simple *estado de abstinencia*.

México, 1952